

## La España despechada: El cambio de soberanía en Puerto Rico desde la óptica de la prensa madrileña

Spiteful Spain: The Change of Sovereignty in Puerto Rico from the Point of View of the Madrilenian Press

A Espanha despeitada: a mudança da soberania em Porto Rico desde a ótica da imprensa de Madrid

### AUTOR

**Gabriel Paizy**

Universidad del  
Sagrado Corazón, San  
Juan, Puerto Rico

[gpaizy@sagrado.edu](mailto:gpaizy@sagrado.edu)

### RECEPCIÓN

9 octubre 2015

### APROBACIÓN

14 marzo 2016

### DOI

10.3232/RHI.2016.  
V9.N2.02

El 18 de octubre de 1898 se arriaba por última vez la bandera del vencido imperio español que por casi 400 años había ondeado sobre el palacio de Santa Catalina en la colonia de Puerto Rico. En su lugar, se izaba por vez primera la bandera de un imperio naciente ante la mirada perpleja, pero esperanzada, de un pueblo que veía en los Estados Unidos las promesas de libertad, justicia y democracia. Mientras tanto, en Madrid, la prensa nacional parecía hacerse eco de una desilusión colectiva ante lo que ella consideraba una actitud de traición por parte de su pequeña y fiel colonia antillana. El presente artículo documenta y analiza las opiniones expresadas por parte de 10 diarios españoles durante los días previos y posteriores al cambio de soberanía en la isla de Puerto Rico. Además, el estudio compara y contrasta la representación hecha de los puertorriqueños con la que se hizo del pueblo cubano, unos meses más tarde, en momentos en que España cedía a Estados Unidos la última de sus posesiones en el nuevo mundo.

Palabras claves: **Puerto Rico; Cuba; Estados Unidos; España; Cambio de Soberanía; Guerra Hispanoamericana; Teoría de la Representación; Prensa Española.**

The 18 of October of 1898 the flag of the defeated Spanish empire that for almost 400 years had waved over the Santa Catalina palace in the colony of Puerto Rico was lowered. Waving in its place was the flag of a new empire facing the puzzled but hopeful glance of a town that saw in the United States the promises of liberty, justice and democracy. Meanwhile, in Madrid the national press seemed to echo a collective delusion facing what it considered to be an attitude of betrayal on the part of its small but faithful Antillean colony. This article documents and analyzes the opinions expressed in ten Spanish newspapers in the days before and after the change of sovereignty on the island of Puerto Rico. In addition it compares and contrasts the representations made of Puerto Ricans, with that made of Cubans a few months later, in the moments in which Spain handed over its last possessions in the New World to the United States.

Key words: **Puerto Rico; Cuba; United States; Spain; Change of Sovereignty; Spanish-American War; Representation Theory; Spanish press.**

No día 18 de octubre de 1898 se arriaba por última vez a bandeira do vencido império espanhol que por quase 400 anos havia ondeado sobre o palácio de Santa Catarina na colônia de Porto Rico. No seu lugar, se hasteava por primeira vez a bandeira de um império nascente ante a mirada perplexa, mas esperanzada, de um povo que vía nos Estados Unidos as promessas de liberdade, justiça e democracia. Enquanto isso, em Madrid, a imprensa nacional parecia fazer eco de uma desilusão coletiva frente ao que ela considerava uma atitude de traição por parte da sua pequena e fiel colônia antilhana. Este artigo documenta e analisa as opiniões expressadas por parte de 10 jornais espanhóis durante os dias prévios e posteriores à mudança de soberania na ilha de Porto Rico. Além disso, o estudo compara e contrasta a representação feita dos portorriquenhos com a que foi feita do povo cubano, uns meses depois, nos momentos em que a Espanha cedía aos Estados Unidos a última das suas posses no Novo Mundo.

Palavras-chave: **Porto Rico; Cuba; Estados Unidos; Espanha; Mudança de Soberania; Guerra Hispanoamericana; Teoría da Representação; Imprensa Espanhola.**

## Introducción

Al estallar la Guerra Hispanoamericana, el general Manuel Macías y Casado, último gobernador y capitán general de la isla de Puerto Rico bajo el mando de España, afirmaba que “la providencia no permitirá que en estos países descubiertos por la nación española, el eco de nuestro idioma cese de escucharse, ni que nuestra bandera desaparezca ante nuestros ojos”<sup>1</sup>. Sin embargo, apenas seis meses más tarde, el general vencido embarcaría a bordo del buque Covadonga, junto a la mayoría de sus tropas, con destino definitivo a la Península Ibérica. Al salir de la bahía de San Juan, las murallas del fuerte San Felipe del Morro, que por tantos siglos habían defendido con gallardía la posesión española, despedían para siempre a su último gobernador al retumbe de 21 cañonazos. Terminaba, sin mucha trascendencia, una larga era.

Hubo dos días de transición entre la partida de Macías y la toma de posesión oficial de los nuevos dueños de la isla de Puerto Rico. El general Macías había delegado al general Ricardo de Ortega y Diez el proceso final de cambio de mando. Se acordó que el martes 18 de octubre de 1898 a las 12:00 en punto del mediodía se izaría por vez primera la bandera de las franjas y las estrellas sobre el tope del palacio de Santa Catalina. La residencia de 124 gobernadores españoles durante cerca de 350 años, tendría sobre sí una bandera distinta.

Entre los puertorriqueños, la expectativa era grande. Desde temprano, las calles del Viejo San Juan se abarrotaron de curiosos. En el puerto desembarcaron soldados de infantería de la undécima división, junto a dos baterías de artilleros. Estos últimos marcharon y tomaron sus puestos en los diversos fuertes de la ciudad. La infantería se mantuvo alineada en los muelles, en espera de instrucciones.

Cerca de las 11:00 de la mañana, el almirante Schley y el general Gordon montaron el carruaje que los transportaría hasta el palacio de Santa Catalina para la celebración de los actos oficiales. Tropas a caballo escoltaron la undécima división de infantería, junto a su banda, durante su marcha por las calles adoquinadas del Viejo San Juan. Al llegar a La Fortaleza, los soldados se posicionaron en formación en la plaza frente a la fachada del palacio. Eran las 11:40 de la mañana. Salieron a recibirlos el general Brooke, el almirante Schley, el general Gordon, varios oficiales de la Marina y los comisionados de evacuación de los Estados Unidos. En la calle Fortaleza, detrás de los soldados, cientos de puertorriqueños esperaban de pie, en silencio<sup>2</sup>.

La llegada del mediodía venía acompañada de un intenso calor tropical, algo ajeno a los nuevos amos del norte. De hecho, debido a esta realidad, los encargados del protocolo decidieron, el día anterior, eliminar de la agenda el protocolo de revisión de las tropas. Debido a la alta temperatura, la humedad del trópico y el sudor, los soldados y oficiales vestidos con sus trajes formales ansiarían la llegada, al fin, de las 12:00 del mediodía.

El reloj de la ciudad marcó la hora esperada. El público miraría con expectativa el asta desnuda sobre el palacio. De pronto, el silencio fue abruptamente cancelado por el sonido ensordecedor de un cañón disparado desde El Morro. El sobresalto fue la señal que esperaban el teniente Castle y el mayor Dean para izar la bandera de los Estados Unidos. Poco a poco, la bandera subió hasta el tope del asta, mientras la banda tocaba el himno estadounidense, melodía que, para muchos de los criollos allí presentes, era nueva. Simultáneamente, la bandera de los Estados Unidos era izada en otras dependencias gubernamentales alrededor de la ciudad.

Finalizado el acto, los oficiales norteamericanos se confundían en apretones de manos y felicitaciones. Entre los presentes estaba el recién elegido presidente del desaparecido gobierno autonómico de Puerto Rico bajo la soberanía española, Luis Muñoz Rivera, junto a otros oficiales isleños. El público alrededor de ellos aplaudía jubiloso, con vítores de bienvenida a los nuevos ocupantes de la isla, mientras que se escuchaba el retumbe de 21 cañonazos procedentes de los fuertes de El Morro, San Cristóbal y de un barco de guerra anclado en la bahía. Había fiesta en la vieja ciudad colonial. Comenzaba, con la esperanza y el júbilo dibujados en los rostros de los puertorriqueños, una nueva era.



18 de octubre de 1898, 12:00 del mediodía.  
Ceremonia oficial en que se izó, por primera vez,  
la bandera de los Estados Unidos sobre La Fortaleza.

## 1. Una mirada a la prensa española a finales del siglo XIX

Los principales periódicos nacionales en España durante la época de la Guerra Hispanoamericana provenían y eran editados en Madrid. Para efectos de esta investigación, se consultaron 10 diarios españoles: *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Heraldo de Madrid*, *El Día*, *La Época*, *El Globo*, *El Nuevo País*, *La Correspondencia Militar* y *El Nuevo Régimen*. Los cuatro primeros eran, en ese orden, los principales periódicos nacionales de España, todos ellos con una tendencia más hacia la izquierda, con visiones liberales y republicanas. Veamos a continuación un trasfondo de cada uno de los periódicos reseñados, con la excepción de la revista *El Nuevo Régimen*, la cual se discutirá al final de este ensayo.

En las postrimerías del siglo XIX el periódico de mayor circulación y antigüedad era *La Correspondencia de España*. Este diario vespertino se fundó en el 1859 por don Manuel María de Santa Ana. Se le atribuye al marqués de Santa Ana el haber dado inicio a la modernidad en el periodismo español gracias al desarrollo del denominado “periodismo de empresa”, a la ampliación de los recursos informativos y a llevar la prensa al pueblo mediante la venta en la calle en vez de a través de suscripciones, como había sido hasta ese momento. *La Correspondencia de España* se destacó por ser un periódico principalmente informativo, no adscrito a ningún partido. “El pueblo le daría el cariñoso apodo de ‘gorro de dormir’, porque, en el último tercio del siglo XIX, raro era el madrileño que se iba a la cama sin haberlo leído”<sup>3</sup>.

El segundo periódico de mayor importancia en España era *El Imparcial*, un diario matutino fundado por Eduardo Gasset y Artime en 1867, justo antes de la revolución de 1868, conocida como La Gloriosa. Este diario de corte liberal fue, junto a *La Correspondencia de España*, uno de los primeros periódicos modernos de empresa y no de partido. La fama de *El Imparcial* estuvo atada, principalmente, por la publicación de un prestigioso suplemento literario conocido como *Los Lunes de El Imparcial*, en que publicaron grandes escritores de la altura de Miguel de Unamuno, Jacinto Benavente y José Martínez Ruiz (Azorín), entre otros. Su fundador, sin embargo, aceptó un puesto de ministro de ultramar en 1872, cargo al que se ve obligado a dimitir “por su postura en las Cortes en contra de la abolición de la esclavitud en Puerto Rico”<sup>4</sup>. Durante esta breve incorporación en la política española, Gasset había delegado la dirección de *El Imparcial* a su amigo Manuel Ruiz Zorrilla, a quien destituyó por no recibir su apoyo ante sus posturas esclavistas. Esta destitución se le viraría en contra a Gasset, ya que, años más tarde, Ruiz Zorrilla fundaría, junto a otros disidentes de *El Imparcial*, un nuevo periódico que se convertiría en su competencia principal: *El Liberal*. Aún así, *El Imparcial* fue, en palabras de Gómez Aparicio, el “diario que mayor influencia iba a ejercer en la vida política española del siglo XIX”<sup>5</sup>.

En 1879 surge el tercer gran periódico de España de finales de siglo: *El Liberal*, diario de filiación republicana sin vinculaciones a ningún partido y que surgió de una disidencia con el periódico *El Imparcial*. En ésta participó un grupo de periodistas republicanos que, entre otros motivos, no compartían que se hubiese aceptado, por parte de aquel diario, la restauración de la monarquía en la figura de Alfonso XII, lo que contradecía la postura original del diario cuando favorecía la revolución antimonárquica del 1868. Este nuevo diario alcanzó un gran éxito desde el primer día de publicación, “debido de manera especial a un buscado, y logrado, equilibrio entre lo informativo y lo interpretativo, así como a la procura, para todas sus secciones editoriales, de un tono literario que no era muy frecuente en la prensa de entonces. Desde el punto de vista informativo, se dio al periódico un aire popular y, muchas veces, hasta populachero”<sup>6</sup>. Por su parte, Seone y Sáiz describen a *El Liberal* como un periódico “de un republicanismo genérico y sensato, ‘gubernamental’, como se decía, que iría aguándose bastante en el futuro con posturas próximas al Partido Liberal”<sup>7</sup>.

*El Heraldo de Madrid* fue fundado por don Felipe Ducazcal y Lasheras en 1890 y luego adquirido por José Canalejas y un grupo de seguidores de este político. El historiador Gómez Aparicio describe el diario como uno “de un liberalismo templado, aunque más acusadamente partidario de Sagasta que de Cánovas” con una línea sensacionalista “a la que el periódico iba a ser habitualmente fiel”<sup>8</sup>. Fue uno de los periódicos más populares y de mayor difusión en España.

En el 1880, don Camilo Hurtado de Amézaga, marqués de Riscal, funda el periódico *El Día*. Fue el segundo periódico en España, luego de *El Imparcial*, en imprimirse en rotativa. El marqués de Riscal se inspiró en el estilo del periódico londinense *The Times* al momento de concebir su propio diario, enfocado más en la imparcialidad y en la independencia, poniendo el interés del país primero que los intereses de algún partido o ideología. A pesar de esto, Gómez Aparicio afirma que *El Día* apoyaba el Sagastismo y la monarquía liberal.

*La Época*, por su parte, era uno de los pocos periódicos conservadores de finales del siglo XIX, dirigido por don Ignacio José Escobar. “Por su tono aristocrizante... y por su filiación conservadora, *La Época* no fue nunca un periódico de arraigo popular, ni, consiguientemente, de tiradas copiosas. En cambio, por su dignidad literaria y su altura doctrinal, ejerció una notoria y constante influencia sobre los sectores dirigentes del país”. *La Época* era portavoz de Antonio Cánovas del Castillo, seis veces presidente del Consejo de Ministros de España, quien fue asesinado mientras leía, precisamente, una edición de este periódico<sup>9</sup>.

En 1875 nace *El Globo*, “un diario más radicalmente republicano que *El Liberal*”<sup>10</sup> y que logró mucha difusión. Se convirtió en órgano del republicanismo posibilista de Emilio Castelar, presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República Española y partidario de un republicanismo unitario y conservador luego de la revolución de 1868. Según Sáiz y Seoane, *El Globo* “seguiría la evolución de su inspirador hacia una progresiva integración en el régimen de la restauración”.

El más importante periódico republicano de finales del siglo XIX lo fue *El País*, fundado en 1887. Este diario fungió como órgano del Partido Republicano Progresista de Ruiz Zorrilla. Rubén Darío, al referirse a *El País*, afirmaba que “decía las verdades a son de truenos, tambores y trompetas” y que “tenía el mayor número de intelectuales en su redacción”<sup>11</sup>. Varios miembros de la futura Generación del 98, tales como Azorín, Baroja y Maeztu, aportaron colaboraciones. Según Sáiz y Seoane, *El País* es fundamental “para reconstruir los conflictos éticos, ideológicos y literarios que viven aquellos jóvenes en los años del cambio de siglo”.

Por su parte, *La Correspondencia Militar* fue uno de los varios periódicos de la época que representaron las fuerzas militares y defendía sus intereses, a pesar de que nunca fuese propiamente un órgano del ejército ni de la armada. Su director fue don Emilio Prieto y Villareal. Este diario, al igual que otros como *El Correo Militar*, *La Correspondencia Militar* y *el Diario del Ejército y de la Armada*, no estuvo adscrito a ninguna ideología concreta.

La historia ha responsabilizado, en parte, a la prensa española y norteamericana por la guerra del 1898 y sus consecuencias. Del lado de Estados Unidos, bien ha sido analizado el efecto en la opinión pública que tuvo la prensa amarilla, principalmente proveniente del *New York Journal*, de Randolph Hearst, y *The New York World*, de Joseph Pulitzer, y que avivó grandemente las pasiones estadounidenses, movilizándolo al país hacia la guerra. Por su parte, la prensa española también tuvo protagonismo a favor del conflicto, “lanzando bravuconerías patrioterías que se revelaron a la hora de la verdad absolutamente desprovistas de fundamento”<sup>12</sup>.

Salvo muy pocas excepciones, que veremos más adelante, la prensa nacional de España hizo un llamado al ejército para que derramara su sangre por la patria. Ciertamente es que esa sangre que se derramaría sería aquella de las clases menos adineradas, puesto que se implantó en España un sistema de reclutamiento militar que permitía comprar el privilegio de no tener que ir al frente de batalla en el Caribe. El escritor de la Generación del 98, Ramiro de Maeztu, decía: “Si consultamos a las redacciones de los periódicos no encontraremos más que a partidarios de la guerra; pero seamos francos, si consultamos a las clases sociales que envían sus hijos

a la guerra, las cuatro partes de España optarán por la paz”. Los que querían la guerra, según Maeztu, eran “aventureros de la política y la prensa, cuyo juicio está falseado por la excitación artificial en la que viven... suponiendo que pervivía en el país el espíritu del Cid Campeador y el concepto calderoniano del honor”. Suplieron, “con informaciones concienzudas, la ignorancia de nuestras clases gobernantes, formadas de leguleyos y oradores, respecto de las fuerzas navales de la República norteamericana y de las causas determinantes de las insurrecciones cubanas”<sup>13</sup>.

La prensa española ha sido acusada de manipuladora, inflando el patriotismo de forma insensata, a sabiendas de que era imposible ganarle a un ejército enemigo muy superior al suyo. Luego del desastre del 98, los diarios nacionales perdieron credibilidad en el país y se registró un descenso de un 40% en las tiradas de los periódicos españoles<sup>14</sup>. Se les acusaba de haber contaminado las mentes en España con exageraciones, injusticias y errores. Como consecuencia, la lectoría bajó drásticamente, “como si los lectores estuvieran cansados, y se apartasen de aquella prosa periodística que antes les apasionaba y ahora les parecía hueca y sin sentido”<sup>15</sup>.

El historiador español Jesús Pabón y Suárez de Urbina, decía: “Pienso que en 1898, por modo espontáneo y merced a razones ignoradas, formose y funcionó en España un mecanismo que hemos conocido en diversos países, confesado, legitimado y estable: mecanismo de una prensa al servicio de una consigna esencialmente falsa, porque aparenta representar una opinión cuando la está creando en la mentira”<sup>16</sup>.

## **2. Reacciones de la prensa española ante las celebraciones en Puerto Rico**

Los vítores y la alegría que manifestaban los puertorriqueños al momento de izarse la bandera norteamericana en la misma asta en que por casi 400 años había ondeado la española, no fueron muy apreciados allá en la Madre Patria. La prensa de Madrid expresó abiertamente, y en ocasiones con palabras tajantes, su descontento<sup>17</sup>.

El periódico *La Correspondencia de España*, ya desde una semana antes de la ceremonia, manifestaba su deseo de que la evacuación de las tropas españolas en Puerto Rico ocurriese lo antes posible. “La situación en que se encuentran o en que pueden encontrarse nuestras fuerzas en San Juan de Puerto Rico, ante la ingratitud de aquellos naturales, y el resto de la isla ocupada por los americanos, es realmente una situación de violencia y de disgusto que es preferible cese cuanto antes”<sup>18</sup>. Ya la prensa había reseñado, en los días de la invasión norteamericana, su sorpresa y disgusto por la forma entusiasta en que los puertorriqueños habían recibido a los enemigos de España<sup>19</sup>.

Justo un día antes de la ceremonia, algunos periódicos manifestaron su sentimiento de pena, despecho y desprecio por las actitudes de los puertorriqueños. El periódico *El Día*, por ejemplo, luego de referirse a Puerto Rico como “la que fuera nuestra predilecta colonia”<sup>20</sup>, no vaciló en denunciar lo que ellos describieron como actos que “causan verdaderamente náuseas”.



En la nota informativa, hacen referencia a la prensa puertorriqueña, en la que se informaba que “los españoles son víctimas de toda clase de atropellos, sus fincas incendiadas, destruidas sus labores, amenazadas sus vidas, y tratados, en fin, como los más terribles enemigos”. Al final de la nota, *El Día* descarga su ira contra los puertorriqueños con las siguientes palabras: “Hace bien la bandera estrellada en cobijar a esa gentuza: bajo la española no caben más que espíritus generosos y corazones honrados”.

Un tono similar utilizó el periódico *La Época* bajo el título “Puerto Rico: Los traidores”<sup>21</sup>. Una “impresión amarga” le dejó al reportero la lectura de los periódicos que recibiera de la isla. “Incendios de fincas pertenecientes a españoles, asaltos a sus moradas, violencias de todo género con sus personas, adulaciones vergonzosas a los vencedores, regocijos públicos en honor de la nueva bandera, todas las muestras de flaqueza que puede dar un pueblo al recibir el yugo de un nuevo amo”. El periodista añade que estos y otros incidentes en la isla los tendrán en cuenta los historiadores en su momento para “formar la ejecutoria de la leal isla de Puerto Rico”. Finaliza citando al periódico *La Correspondencia de España*, que comentando esta noticia dijo lo siguiente: “¡Bien se desagravia, a los ojos del tío Sam, la antigua provincia española de su amor a la madre patria y de los honores que de ella recibiera! España merecía algo más, y los Estados Unidos se hubieran contentado con bastante menos”.

Otro de los diarios madrileños que lamentó la situación en Puerto Rico, en un último suspiro de indignación, fue *El Heraldo de Madrid*. Con un tono grave y sombrío, afirmaba: “Mañana una mano yanqui arriará nuestra bandera en la fiel isla de Puerto Rico. El 16 de noviembre de 1493<sup>22</sup> descubriola para Cristo y para España. El 18 de octubre de 1898 la perdemos, alejándonos de aquellas playas silenciosamente”<sup>23</sup>. Entonces, previo a descargar su dedo acusador hacia la insensibilidad puertorriqueña, el artículo hizo una lista de las razones por las cuales la isla debería haberse sentido agradecida. Entre ellas, mencionaba que la colonización española en Puerto Rico “excede en bondad y en prosperidades a cuanto puedan pretender la civilizadora Inglaterra o la industriosa Holanda”. Decía el artículo que “la isla gozó de tantas libertades como la Península”, sin aclarar que esas libertades que vinieron atadas a la Carta Autonómica apenas estuvieron vigentes durante unos pocos días antes de que los norteamericanos invadieran el país. Argumentaba, además, que Puerto Rico “vio abolida la esclavitud cuando en el Brasil existía y era mantenida en Cuba”, sin añadir que, en realidad, la abolición de la esclavitud en la isla ocurrió mucho tiempo después que en los demás países de América Latina, excepto Brasil y Cuba. Afirmaba el artículo que en Puerto Rico no hubo “insurrecciones ni sacudidas sociales... no hubo represalias ni derramamientos de sangre”, olvidando mencionar el levantamiento independentista del Grito de Lares, los esfuerzos libertadores de Betances, Hostos, Ruiz Belvis y tantos otros, y las persecuciones del gobernador Romualdo Palacios, ‘El Compite’, a los independentistas y autonomistas de la época de Baldorioty de Castro. Según el editorial, en Puerto Rico se vivió una “paz secular” en que “pudieron sucederse generaciones y generaciones ‘cultivando su jardín’ con una filosofía y una suavidad casi patriarcales”. En cuanto a la raza puertorriqueña, el artículo solo reconoce una línea genealógica. “El portorriqueño, hijo y nieto de peninsular, solo sangre española lleva en su sangre”, olvidándose de la aportación importante de la raza negra y, en menor escala, de la indígena. “Hablar de Puerto Rico”, afirma el editorial, “es hablar de la propia familia”.



Ante todas estas razones que enumera *El Heraldo de Madrid*, por las cuales los puertorriqueños deberían haberse sentido agradecidos y leales a la madre patria, resultaba para ellos inconcebible el hecho de que estos aclamaran al vencedor “y no con odio despídenos sin pena”. Se lamenta de que Puerto Rico “no ha tenido ni una lágrima para nuestros dolores” y que, al día siguiente, durante los actos oficiales de cambio de soberanía, “no tendrá un sentimiento de ira al ver el trueque de banderas”. Lanza entonces un ataque directo, acusando al nacido en Puerto Rico de ser “indiferente e insensible, ni lo ideal ni lo instintivo actúa sobre su alma, y español por la sangre y por el nacimiento despertárase mañana yanqui y hallará hasta honrosa la esclavitud extranjera”. En tono profético, *El Heraldo de Madrid* culmina su columna augurando que “la historia dirá, en definitiva, cómo el 18 de octubre de 1898, realizan en Puerto Rico la fatalidad y la ingratitud una de sus obras más execrables”.

Los españoles de la península se acostarían aquella noche del 17 de octubre de 1898, luego de leer los artículos reseñados en la prensa, con una imagen negativa de Puerto Rico. En la mañana del día siguiente, esa impresión de los puertorriqueños se reforzaría con nuevos artículos que publicaron los principales diarios de Madrid.

El periódico *El Día*, bajo el titular ‘Día triste’, comparó la entrega de Puerto Rico a los Estados Unidos como la “amputación de un miembro podrido”<sup>24</sup>. Según el diario, los eventos de esa mañana no representarían “un cambio de soberanía, sino la negación del pasado, la abjuración de la raza, la segregación de un periodo histórico, que si algo ha tenido de beneficioso, lo ha sido para los borinqueños, no para los que ejercieron soberanía en la isla”. *El Día* opinaba que este “trueque” hubiera sido para cualquier otra colonia motivo de duelo, pero “para la *leal* Puerto Rico lo es de alegría, de embriaguez”. Manifiesta que en la isla hay un solo puertorriqueño fiel a España: el secretario de estado, Manuel Fernández Juncos. Es el único, según el diario, que levantó “con orgullo la cabeza para desafiar el poderío americano... y que recoge los girones de vergüenza con que los puertorriqueños alfombraron el camino triunfal de sus nuevos amos, y tiene el valor de decir: ‘¡Idos en buena hora; yo quedo siendo español!’”. El editorial, además, se pregunta el porqué de la actitud antiespañola de los puertorriqueños. “Aquellos a quienes arrancamos de la barbarie... los hijos predilectos de esta inocente España, reciben con fiestas y regocijos a los depredadores, y se apresuran a inscribirse en el padrón de los Estados Unidos, constituyendo su conducta un imborrable padrón de ignominia”. Finaliza con un lamento, envuelto en despecho: “El hijo no se ha rebelado contra su madre, sino que ha hecho más: ha descargado la mano sobre su mejilla...”.

Con un tono similar, el diario *El Imparcial* comparaba la situación que ocurría en Puerto Rico con un árbol deshojado, cuyas hojas arrebataadas del árbol de España vuelan “entre ráfagas de odio, injusticia e ingratitud”<sup>25</sup>. Lamenta el periódico que aquel puertorriqueño que se anocheció siendo español, amanecerá ese 18 de octubre siendo norteamericano, “hallando hasta honrosa la esclavitud extranjera” ante “la insensible indiferencia con que asisten los portorriqueños a eso que ellos se figuran ser un simple cambio de nacionalidad, y es toda una dejación de la raza, una negación de la propia sangre, un aniquilamiento de ideales, costumbres e intereses colectivos”. *El Imparcial* descarga su ira, además, contra todos los individuos del gobierno de Puerto Rico que optaron por la nacionalidad norteamericana. “Eran ministros de España, y ahora

serán funcionarios yanquis”, afirmaba, a la vez que reconocía, al igual que *El Día*, a solo uno de ellos, el señor Fernández Juncos, quien “aunque autonomista radical, radicalísimo, quiere seguir haciendo honor a su patria”. Termina el artículo exclamando que la mutilación no comienza, sino que “empieza la amputación”, refiriéndose a la pérdida absoluta de aquella “lealísima y fidelísima y apacibilísima isla de Puerto Rico”.

Por su parte, *La Correspondencia de España*, bajo el título de “Despedida”<sup>26</sup>, escribe un editorial que también proyecta de forma dramática su indignación contra aquellos puertorriqueños “ingratos”. Para este periódico, lo doloroso no era tanto la pérdida de una colonia en las Antillas; lo que más los torturaba era “la ingratitud de aquellos que consideró hasta ahora sus hijos”. Ese despecho, explican, no lo podían sentir por la isla de Cuba, porque ellos, al menos, se habían quejado durante varios años de ser víctimas de una administración española inmoral, y se habían alzado en armas para lograr su emancipación soberana. “Pero los puertorriqueños, ¿de qué pueden acusar a España? Sin perturbar y sin oprimir la isla, elevámosla desde la barbarie a la civilización más refinada”. Por tanto, en la mente de España, no cabía “una cosecha tal de odios y de desvíos, que pocas veces habrán tenido otra semejante los más despóticos dominadores”. Finaliza la columna deseándole cínicamente al Puerto Rico que “quiere ser yankee” que “el porvenir no tenga motivos para arrepentirse de su apostasía”.

Otro diario madrileño, *La Época*, coincide con los otros periódicos importantes al concluir que “una gran parte de la isla de Puerto Rico” ha mostrado desafecto e ingratitud hacia la madre patria<sup>27</sup>. Los colonizadores no entendían el porqué de la actitud antiespañola en Puerto Rico, puesto que “hace un siglo que no cesa de prosperar”. Además, argumentaron que se les había dado la autonomía, privilegios económicos y mayores libertades que las provincias en el continente. “Esa enorme injusticia salta a la vista y es confesada por el pueblo mismo que incurre en ella”. *La Época* parece justificar la ingratitud de los puertorriqueños, amparándose en que debían estar ofuscados por “resentimientos locales” o “por la atracción que ejerce un estado muy rico y un cambio improvisado de dominio”. Finaliza previendo una recia lucha en Puerto Rico por mantener su idioma y su religión, y que el trato que recibirían por parte de los anglosajones sería similar al de los negros de los estados del sur de Estados Unidos. Se pregunta si, con el transcurrir el tiempo, los antillanos recordarán el dominio español como tiempos mejores.

*El Liberal*, en una columna bajo el título de “Día nefasto”<sup>28</sup>, utilizaba un lenguaje poético para describir el dolor que siente España por la pérdida de “una de las prolongaciones más queridas del territorio patrio”. Afirmaba el diario que “en estas horas de dolor, no hay espacio en el ánimo sino para una mortal tristeza”. Se cuestionaba, sin embargo, el hecho de que la cesión definitiva de la isla a manos del enemigo ocurriese previo a la firma del Tratado de París. Era lógico, decía el editorial, que el cumplimiento del tratado se hiciese después de firmado, y no antes. Culminaba el artículo con un nuevo lamento: “Hoy conviene que nos recojamos a solas con nuestra aflicción, para enviar al trozo de organismo nacional que se nos escapa, y a la parte de ser íntimo que se nos muere, la última despedida”.

Pero de todos los editoriales de ese día, el más virulento en contra de los puertorriqueños es el que publica el periódico *El Nuevo País*. “No sentimos, ni sentirá ningún español, dolor por

la pérdida de Puerto Rico”, afirma la columna. “No, se siente ira y desprecio, porque es odioso y es despreciable cuanto ha ocurrido con la anexión de esa isla a los yanquis”. Esta indignación se basa en que, a pesar del buen trato recibido por España, en el que gracias a ella logró ser “muy poblada, rica, mejor administrada y más libre que muchas provincias de la Península”, ahora le paga a la madre patria entregándose a los Estados Unidos “sin lucha, sin dolor, con alegría”. Es aquí, que el periódico hace su ataque más contundente en contra de los puertorriqueños, al afirmar que la isla se entregó al enemigo con los brazos abiertos sin que antes hubiese habido una lucha por su libertad en contra de la metrópoli española, como la hubo en los demás países del continente americano y, en especial, en Cuba. La antilla mayor, a pesar de la sangre que los españoles derramaron allí en los 13 años de las guerras de independencia, “nos es más simpática que Puerto Rico”. La razón para ello era que en Cuba “se ha luchado contra nosotros, allí ha habido valor para pelear y franqueza para manifestar odio á la metrópoli”. Manifestaba *El Nuevo País* que algún día España y Cuba podrán volver a ser amigos. “Amigos sí, como los somos hoy de mejicanos, peruanos, chilenos, argentinos, etc., etc., porque los que pelean valerosamente por ideales nobles se odian mientras dura el combate, pero se respetan siempre... La locura del hijo que por extremado amor a su independencia se emancipa de la tutela paterna, se perdona con el tiempo. Lo que jamás será olvidado, ni perdonado, es la ingratitud, la hipocresía y la liviandad de esa hija espuria<sup>29</sup> de la nacionalidad española”. En cuanto a Cuba, añade que esa isla “revela amor a su raza, a su lengua, a su historia, a sus padres, oponiéndose a pasar por la humillación de ser anexionada a los yankis”. Sin embargo, Puerto Rico, “la que creíamos leal, cuando solo era cobarde, no se ha revelado nunca, no ha gritado ¡viva la libertad! ¡viva la independencia! Ha preferido, pérfida, taimada, indigna, gritar ¡viva quien vence! cuando los yankis desembarcaron en la isla”. En cuanto a los periódicos puertorriqueños, dice *El Nuevo País* que leerlos les ha producido asco. “Se rebajan adulando al vencedor, les lamen las manos, se postran ante él y se desatan los muy villanos en injurias contra España, ahora que impunemente pueden insultarla”. Al final, el editorial le desea, en tono cínico, lo mejor para Puerto Rico: “¡Vaya con Dios, la Magdalena la gué y buen provecho haga a los yankis! No otra salutación de despedida merece la *bella Borinquen*, la leal Puerto Rico... No, Puerto Rico es la mujerzuela prostituida que se entrega al primero que llega”.

El sentimiento de descontento contra los puertorriqueños caló hondo en la prensa madrileña de la época. Aún pasados los días del cambio de soberanía en Puerto Rico, se encontraron notas y editoriales con palabras de ataque e indignación hacia los puertorriqueños. *La Correspondencia Militar*, por ejemplo, le hizo un llamado a España a olvidar “aquel pedazo de tierra que fue española y en la que sembramos beneficios para recoger negras ingratitudes”<sup>30</sup>. Además, dijo desear que “el látigo del amo sea leve a los portorriqueños, y que los culpables de la pérdida de nuestras Antillas reciban el castigo pronto”.

Por su parte, *La Correspondencia de España*, en una nota corta, anunciaba que la bandera norteamericana ya ondeaba sobre todos los fuertes y edificios públicos de Puerto Rico, y que esto se había hecho mediante una ceremonia solemne y “con grandes muestras de júbilo de los indígenas”<sup>31</sup>. Afirmaba, además, que los periódicos de Puerto Rico “en artículos llenos de frases de regocijo”, consignaban que ya la isla formaba parte de la nación estadounidense. El periódico *El Día* también hizo mención de la ceremonia de cambio de soberanía, y le añadió

color a la nota al decir que fueron celebradas “con gran aparato militar y con delirante muestras de júbilo por parte de los indígenas”<sup>32</sup>.

Puerto Rico había sido la primera isla en experimentar el cambio oficial de soberanía luego de la derrota en la Guerra Hispanoamericana. Sin embargo, en fila se encontraba Cuba, la cual también habría de tener su acto oficial de cambio de banderas imperiales sobre los palacios y fuertes de su capital. ¿Cómo compara la cobertura noticiosa en Madrid de este similar evento en las dos islas de las Antillas? ¿Se habrá registrado en la prensa de España la misma indignación hacia los cubanos que hacia los puertorriqueños ante un acontecimiento paralelo? El contraste, como veremos, fue contundente.

### 3. Comparaciones con el cambio de soberanía en Cuba

La fecha del 1 de enero ha marcado transformaciones importantes en la historia de Cuba. Por un lado, fue durante la madrugada del primer día del año de 1959 que la Revolución Cubana triunfó, obligando al dictador Fulgencio Batista a huir del país. Ese día, las fuerzas revolucionarias tomaron el poder. Seis décadas antes, en la fecha del 1 de enero de 1899, otra transformación importante ocurriría en la Antilla Mayor: el intercambio de las banderas de ocupación, que marcaría la salida definitiva de los españoles. Ese día, la bandera de España, que por casi 400 años había ondeado sobre Cuba, sería bajada del asta por última vez. En su lugar, en el palacio del capitán general se izaría la bandera norteamericana.

A las 10:00 de la mañana de ese domingo de Año Nuevo, las tropas vencedoras ocuparon la plaza frente al Palacio de los Capitanes Generales, en La Habana, y de las calles adyacentes<sup>33</sup>. En ese momento, los soldados españoles debían abandonar sus puestos y caminar hasta los buques que esperaban por ellos para ser transportados hacia la Península. Temprano esa misma mañana, algunas tropas norteamericanas entraron al Castillo de los Tres Reyes Magos del Morro y a la Fortaleza de San Carlos de la Cabaña. Al momento de su llegada, las tropas españolas guarecidas en ambas estructuras militares debían desalojarlas y dirigirse hacia sus transportes marítimos. Solo debía permanecer un destacamento de artilleros españoles, cuya función única sería disparar un saludo militar a la bandera estadounidense.

Cerca de las 12:00 del mediodía, varios representantes del gobierno de ocupación de Estados Unidos<sup>34</sup> se dieron cita junto al saliente y último gobernador español de la isla, Adolfo Jiménez Castellanos, en uno de los salones principales del Palacio de los Capitanes Generales, situado en el segundo piso, dándole el frente a la plaza. En el techo del palacio, alrededor del asta, estarían presentes, por un lado, un oficial español junto a su guardia, y por otro, el general Matthew Calbraith Butler junto a varios soldados de la infantería estadounidense.



1 de enero de 1899, a solo 15 minutos de las 12:00 del mediodía, según se percibe en el reloj, frente al Palacio de los Capitanes Generales. En momentos las tropas norteamericanas tomarían posesión oficial de la isla de Cuba. En el techo, sobre el reloj, estaría el asta donde se arriaría la bandera española y se izaría la de Estados Unidos. Detrás de los tres balcones abiertos, en el Salón del Estado, se encontraban varios generales norteamericanos y españoles. El capitán general Castellanos, esperaba el sonido del cañón y de las salvas para pronunciar su alocución de entrega de la soberanía de la isla al nuevo imperio estadounidense.

Al escucharse el cañonazo del saludo protocolar de Estados Unidos, el oficial español bajó la bandera de su país que había ondeado sobre la isla de Cuba por 386 años. Acto seguido, el mayor general Butler izaba la bandera de las franjas y las estrellas al sonido de los cañonazos de saludo protocolar de España. Estos últimos disparos le darían la señal a Castellanos para pronunciar, en una solemne alocución, las siguientes palabras dirigidas al nuevo gobernador militar de la isla, el general John R. Brooke: “Señor, en cumplimiento del Tratado de París, de lo acordado por las Comisiones militares de la isla y las órdenes de mi Rey, en este momento del mediodía de hoy, 1 de enero de 1899, cesa de existir en la isla de Cuba la soberanía española y comienza la de Estados Unidos”.





Recreación del momento en que el capitán general y último gobernador español de Cuba, Adolfo Jiménez Castellanos, hacía su pronunciamiento de entrega de la isla de Cuba a los generales norteamericanos. 1 de enero de 1899, 12:00 p. m.

Luego de transferido el gobierno, Castellanos fue escoltado por tropas estadounidenses fuera del palacio. Frente a la plaza, otro grupo de soldados norteamericanos en formación dieron su saludo militar al depuesto líder. Allí estaban también varios oficiales españoles, a quien Castellanos se dirigió por última vez. Según un relato en el *New York Times*, el saliente capitán general, con lágrimas en sus ojos, les dijo en español: “*Gentlemen, I have been in more battles than I have hairs in my head, and my self-possession has never failed me until today. Adieu, gentlemen, adieu!*”<sup>35</sup>. De camino al muelle, en la esquina de la plaza, Castellanos se giró para darle una última mirada al Palacio de los Capitanes Generales. Allí pudo divisar a los generales norteamericanos en el balcón. Sin decir palabra, se volvió nuevamente y caminó hacia el muelle en donde se embarcaría en el buque *Rabat* que lo transportaría fuera de la capital. Ya en la rampa del buque, el hombre fuerte de Cuba lloró<sup>36</sup>. El *Rabat* zarpó, mientras una multitud de cubanos, todos vestidos de negro, presenciaba la partida. En silencio, miraban cómo el buque se alejaba. No hubo gritos, no hubo pañuelos que ondearan. “*Men and women wept together*”.

Luego de la partida de Castellanos, hubo una recepción entre los oficiales norteamericanos en el salón del palacio. Terminado el acto, se movilizaron hacia el hotel Inglaterra para una revisión de sus tropas. En el castillo del Morro y en la fortaleza de la Cabaña, también se izaron las banderas de Estados Unidos. Con eso culminaban las ceremonias oficiales que marcaban el proceso de traspaso de soberanía de la isla de Cuba. El *New York Times*, en su edición del 1 de enero de 1899, reconocía la importancia histórica de este acontecimiento, pero criticaba a España por lo que ellos consideraban una obsesiva fijación hacia el pasado.

*To-day the Spanish power disappears from the Western world. It would be a natural and appropriate observance of the day to picture forth the historical greatness of an event that puts an end to a dominion exercised through four centuries and exercised in the same spirit at the end as at the beginning by the only power on earth that has shown itself capable of so devoted an attachment to the very dead past and such a Bourbon incapacity for modern progress.<sup>37</sup>*

Los relatos de la prensa estadounidense, y las fotografías que se tienen de esa época, comunican un ambiente de regocijo y festividad por parte de los cubanos al momento de la partida de los españoles. Según el Times, *“the raising of the Stars and Stripes was greeted with cheers by the people, who covered the roof of the buildings around the palace and the Plaza”*; un júbilo documentado y del que los españoles debieron haberse enterado, al igual que ocurrió con el cambio de mando en Puerto Rico unos meses antes. Sin embargo, la reacción en la prensa española sobre la conducta de los cubanos sobre este aspecto, en comparación con Puerto Rico, fue diferente. En el caso de Puerto Rico se encontró en los editoriales de la época una actitud de despecho, desilusión, aparente dolor y coraje. En el caso de Cuba, no hubo comentarios. En todos los periódicos madrileños analizados, no hubo uno solo que escribiese, al momento de la entrega de Cuba a los norteamericanos, una noticia que describiera el acontecimiento, o una nota de despecho, o una frase de desilusión. El silencio fue absoluto.



El general Fitzhugh Lee, nuevo gobernador militar de la provincia de La Habana, hace su entrada a la capital de la isla de Cuba el 1 de enero de 1899, vitoreado por los cubanos.

#### 4. Conclusión

La prensa, además de tener un rol importante en la creación de representaciones en la mente de sus lectores, suele también ser el primer cronista, el primer historiador, el primer evaluador de cualquier suceso. Es ella que, además de documentar los hechos, es capaz de añadirle el matiz de los sentimientos que generan, o quiere que se generen, de los acontecimientos.



La historia vista desde la prensa, es la historia vista desde lo objetivo y lo subjetivo, en que la verdad se mezcla con las emociones, las ideas, las percepciones. Según el historiador español Manuel Tuñón de Lara<sup>38</sup>, el periódico es objeto de la historia y fuente a la vez, por lo cual es incalculable su valor al aportar nuevas perspectivas a la historiografía.

El historiador francés Robert Marrast<sup>39</sup> afirma que “a través de la prensa es como mejor se puede aprehender el movimiento de las ideas en su curso y en sus agitaciones, determinar la persistencia de las corrientes de pensamiento y sus resurgimientos, su progresiva desaparición en provecho de las ideas que poco a poco se abren camino y lentamente se implantan o se imponen”. Por su parte, uno de los estudiosos más reconocidos de la historia de la prensa en España, Pedro Gómez Aparicio, afirma que el periodismo es un “factor fundamental para construir la historia de un país”, en la medida en que es “una poderosa fuerza actuante que se deja influir por otras fuerzas en la misma medida en que influye sobre ellas”. Asegura, además, que “la historia de un país queda incompleta y necesariamente mutilada si le falta el refuerzo indispensable de la historia de su periodismo”.<sup>40</sup>

La historia de los eventos de cambio de soberanía en Puerto Rico y en Cuba toman un nuevo giro cuando se ven desde el crisol de la prensa, tanto desde la mirada de los vencedores como de los vencidos, porque es a partir de ella que los contextos realmente cobran vida, añadiéndole el dramatismo que solo puede provenir del calor del momento en que ocurren los hechos. La historia contada por la prensa tiene una personalidad y un sentido de inmediatez que no se pueden reproducir en recreaciones futuras de los mismos acontecimientos, porque es en la prensa donde se mezclan en sí misma, aún palpitantes, los datos con las pasiones.

La pregunta que hay que hacerse, al ver el marcado contraste de actitud que hubo en la prensa española con relación a los eventos de cambio de soberanía en Puerto Rico y en Cuba, es ¿a qué se debe? ¿Por qué tanta indignación y dolor por la actitud de los puertorriqueños, y tanta indiferencia ante lo mismo en Cuba?

La pérdida de Cuba la veían venir y era aceptada. La isla había luchado con las armas por 13 años. El golpe aparentaba ser más fuerte y el dolor aún mayor. Era un sentimiento comparable al despecho y a la desilusión de una novia que había creído en el amor genuino de su novio infiel. “Cuba es un pedazo que se descose del pabellón patrio; Puerto Rico, un pedazo que se desgarró a viva fuerza”, afirmaba un diario madrileño<sup>41</sup>.

Además, había un sentido de desprecio hacia un país que se doblaba ante el invasor, que se regocijaba de su llegada, que se sublevaba contra el poder anterior justo después de que estos fueran vencidos. Cuba luchó y derramó su sangre por liberarse de los españoles, pero Puerto Rico no. El dominador puede reconocer y respetar a aquellos que, por su lucha, logran su emancipación, pero siente desprecio contra aquellos que considera cobardes y traicioneros.

Quien mejor expone esta forma de ver la pérdida de Cuba y de Puerto Rico, desde la perspectiva del imperio colonial español, es el periódico *El Globo*:

De la separación de Cuba, hasta los más ilusos e inocentes patriotas, en su fuero interno, se hallaban convencidos; fijábanse plazos de mayor o menor duración, mas nadie creía posible conservar aquel inmenso y riquísimo pedazo de tierra por españoles descubierta, fertilizada, civilizada y también por españoles perdida... Pero en lo que nadie creía, lo que nadie esperaba, porque nadie esperaba ni creía en una malaventura tan enorme y tan persistente, era en la pérdida de Puerto Rico, isla siempre fiel, próspera, tranquila, dichosa, como un país de ensueño o de cuento de hadas; y si alguien, dotado de memoria harto feliz, recordaba los sucesos de Lares y de Juana Díaz, o aquellas mal encubiertas y peor descubiertas conspiraciones de los Secos y mojados y del Corazón negro, sin duda no tan inofensivas como las pintaron algunos puertorriqueños de buena fe, lo cierto es que a nadie se le ocurría conceder importancia a estos pequeños gérmenes del espíritu separatista, que no llegaron a brotar decididamente en el suelo de la colonia.

La pérdida de Cuba parecía el resultado inexcusable de una fatalidad griega: ante ella inclinábamos la cabeza, o nos hallábamos dispuestos los más optimistas a que la inclinasen nuestros hijos o nuestros nietos. Pero la separación de Puerto Rico era algo con lo cual no se contaba de modo alguno.

Y el pavoroso ¿por qué? de los alsacianos y de los loreneses, y de los ciudadanos de Holstein, y de los polacos, debiera asomar hoy, y algún día asomará, a los labios de los buenos puertorriqueños, de los que hoy permanecen mudos viendo cómo hay en aquel pacífico país quien desempeña con gusto el vergonzoso papel de adulador del éxito y cortesano de la fuerza.

Pasará tiempo; se cicatrizará en la Metrópoli generosa la herida causada por el desgarrón, y Puerto Rico, tal vez más rico en poder de los yanquis que unido a España, se acordará, no obstante, de nosotros, que le dimos todas las libertades, las cuales para un pueblo deben valer y significar más que la riqueza.

No podemos creer, no creemos que a un pueblo, cualquiera que sea su civilización y su estado de ánimo, le sea indiferente el cambio de bandera. Esa indiferencia de la que hoy se nos habla, algún día pueda que se convierta en llanto y en rechinar de dientes...

Aduladores vergonzosos, mujerzuela prostituida, ingratos, cobardes, gentuzas, deshonorosos, desleales, villanos, infieles, indiferentes, insensibles, injuriosos, miembros podridos, desvergonzados, odiosos, despreciables, hipócritas, livianos, hijos bastardos, indignos. Ante todos estos ataques de la prensa española hacia Puerto Rico y los puertorriqueños, sería difícil imaginar que la representación que de este pueblo tendrían los ciudadanos de la Madre Patria no fuera otra más que de desprecio. Nadie en la prensa parecía tener algo bueno que decir de Puerto Rico ni de su gente. Nadie parecía salir a su defensa e intentar dar una explicación a la actitud de los puertorriqueños. Al igual que el novio que se pregunta incrédulo, luego de

haber abusado de su mujer por muchos años, por qué ella lo dejó y se fue con otro, España no parecía hacer un ejercicio de introspección para encontrar las razones de ese júbilo. Era más conveniente, por supuesto, acusar mediante el uso de generalidades brillantes y de expresiones dramáticas de indignación, antes que intentar mirarse a sí mismos.

Sin embargo, hubo una publicación, y solo una, que dejó a un lado la retórica que asumieron los demás diarios de Madrid. Se trata de la revista de don Francisco Pi y Margall, *El Nuevo Régimen*, fundada en 1891. Pi y Margall había sido uno de los ideólogos de la revolución de Cádiz del 1868, pero al final de su vida se dedicó en cuerpo y alma a la redacción de esta revista. En ella se muestra nihilista, antimonárquico, anticlerical, antimilitarista, escéptico de España y de los españoles. *El Nuevo Régimen* se opuso a la guerra contra Cuba y Estados Unidos “con una enorme coherencia con su ideario, y con un tesón y un valor en aquel ir contra corriente, que entonces pudo parecer a la mayoría una extravagancia, y luego se había de revelar como acorde con el momento histórico”<sup>42</sup>.

Dentro de este trasfondo, es Pi y Margall quien parece dar alguna explicación coherente y justificar la conducta de los puertorriqueños ante la llegada de una nueva metrópoli que los gobierne, que “lejos de lamentarlo, lo celebran y pasan por ingratos a los ojos de la generalidad de los españoles”<sup>43</sup>. Sostiene el artículo que el desconsuelo de España ante la pérdida de Puerto Rico no hubiese sido tan grande si los norteamericanos hubiesen solicitado la concesión de la independencia para la isla. “No habrían faltado ni a su ideal ni al nuestro, y no habríamos proferido la menor queja. Palmas batiríamos nosotros en honor de aquellos Estados si, libres de todo pensamiento de codicia, fuesen emancipando cuantas colonias hay en el mundo”.

Entonces, por primera vez en todos los medios analizados para esta investigación, este editorial sale en defensa de los puertorriqueños, buscando una explicación por la actitud feliz y esperanzadora con que recibieron a los norteamericanos, y culpando a España por esta conducta. Representa esto un acto de introspección honesta, dentro de la vorágine de señalamientos y reproches.

No podemos acusar de ingratos a los puertorriqueños porque la hayan admitido (la anexión con los Estados Unidos) hasta con júbilo. Si estuvieron pacíficos durante la guerra fue debido en parte a su impotencia, en parte a la casi seguridad que tenían de que en último término su suerte iba a ser la de Cuba. Nos aborrecían en el fondo de su corazón como los cubanos, y motivos tenían para aborrecernos.

Éramos también como ellos rapaces y orgullosos, les enviábamos gentes mal educadas y rudas, los administrábamos aún peor que a los peninsulares, imposibilitábamos por largos y enojosos expedientes cuanto hubiera podido favorecer el desarrollo de sus intereses. De toda aquella isla apenas si conocíamos más que las costas.

Dimos últimamente a aquellos insulares un régimen autonómico. Debieron pronto convencerse de que con él no se curaba sus inveterados males. Vinieron las elecciones de diputados a Cortes, y los distritos estuvieron, como antes, a merced del Gobierno de la Metrópoli.

Saben los puertorriqueños que, siendo uno de los Estados de la República del Norte, serán verdaderamente autónomos y dueños de sí mismos; saben que gozarán de todas las libertades que integran las libertades del hombre; saben que, atendida la actividad de los norteamericanos, prosperará la isla en años como no prosperó en siglos; y como es natural, consideran un bien el cambio y lo acogen regocijadamente.

No de su conducta debemos quejarnos, sino de la nuestra. Nosotros no hemos sabido simpáticos en ninguno de nuestros dominios; y tan mal lo hacemos aun en nuestra casa, que lleguemos a cansarnos de nosotros mismos.

Las palabras de Pi y Margall parecen un susurro de sensatez dentro de un mar de acusaciones, señalamientos y desprecios hacia los puertorriqueños por parte de la prensa española. Sáez y Seoane lamentan esto al señalar que “poco audibles eran estas débiles voces disidentes en el vocinglero coro patriotero de todos los demás periódicos”<sup>44</sup>.

Al final, el año terrible del 1898 en que España dejó de ser imperio, pasó. La madre patria, luego de su humillante derrota y la pérdida de sus últimas colonias americanas, se hundiría en una crisis social, moral y política, de la cual tardaría un tiempo en recuperarse. Por su parte, Cuba obtendría, unos años más tarde, su anhelada independencia (a pesar de imponérsele, en la constitución cubana del 1901, la Enmienda Platt, que autorizaba a los Estados Unidos a intervenir en Cuba, limitando así la soberanía de la isla), y Puerto Rico mantendría una relación colonial con los Estados Unidos por muchos años más. Lo cierto es que el 1898 fue uno de los capítulos difíciles en los anales de la historia española. El haber concluido fue, sin duda, un alivio para los españoles y el comienzo de un periodo de sanación. Tal vez quien mejor resume el sentimiento que debía permear entre la sociedad española durante aquellos tiempos fue el periódico *El Correo Militar*, al exclamar: “Por fin se ha muerto el año 1898. Que se lo lleven todos los demonios. Amén”<sup>45</sup>.

### Fuentes Primarias

*El Correo Militar* (España)  
*El Día* (España)  
*El Globo* (España)  
*El Heraldo de Madrid* (España)  
*El Imparcial* (España)  
*El Liberal* (España)  
*El Nuevo País* (España)  
*El Nuevo Régimen* (España)  
*La Correspondencia de España* (España)  
*La Correspondencia Militar* (España)  
*La Época* (España)  
*New York Times* (Estados Unidos)

## Bibliografía

- Cancel, Mario R. y Feliciano, Héctor, R. *Puerto Rico: Su transformación en el tiempo*. San Juan, Editorial Cordillera, 2012.
- Elizalde, María Dolores; Guerrero, Ana Clara; Pérez, Juan Sisinio; Rueda, Germán y Sueiro, Susana. *Historia contemporánea de España: 1808-1923*. Madrid, Ediciones Akal, 2013.
- Estades Font, María Eugenia. *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico 1898-1918: Intereses estratégicos y dominación colonial*. San Juan, Ediciones Huracán, 1999.
- Farré, Juan Avilés; Elizalde, María Dolores y Dueiro Seoane, Susana. *Historia de España: Historia política (1875-1939)*. Madrid, Ediciones Istmo, 2002.
- García de Cortázar, Fernando y González Vesga, José Manuel. *Breve historia de España*. Madrid, Alianza Editorial, 2012.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México, D.F., Siglo XXI Editores, 1996.
- García Muñiz, Humberto y Vega Rodríguez, Gloria. *La ayuda militar como negocio: Estados Unidos y el Caribe*. San Juan, Ediciones Callejón, 2002.
- Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del periodismo español*. Vol. 1 y 2. Madrid, Editora Nacional, 1967 y 1971.
- González Vales, Luis E. "La Campaña de Puerto Rico. Consideraciones histórico-militares". *El ejército y la armada en 1898: Cuba, Puerto Rico y Filipinas (I)*. 1º Congreso Internacional de Historia Militar. Ministerio de Defensa, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 1998.
- Hall, Stuart. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. Londres, Sage Publications, 1997.
- Hillman, Richard S. y D'Agostino, Thomas J. (eds.) *Understanding the Contemporary Caribbean*. Boulder, CO, Lynne Rienner, 2009.
- Marrast, Robert. *La prensa española del siglo XIX: Algunos problemas de investigación*. Madrid, Edicusa, 1975.
- McQuail, Denis. *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*. Barcelona, Paidós, 2000.
- Parenti, Michael. *Inventing Reality: The Politics of Mass Media*. Nueva York, NY, St. Martin's Press, 1986.
- Pascual Martínez, Pedro. "Prensa militar en España". *Aportes: Revista de Historia Contemporánea*. Año 15, Nº 42, 2000, pp. 87-106.
- Picó, Fernando. *Historia general de Puerto Rico*. San Juan, Ediciones Huracán, 2008.
- Placer Cervera, Gustavo. *El estreno del imperio: La guerra de 1898 en Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005.
- Price, Stuart. *Media Studies*. London, Pitman Publishing, 1993.
- Rovira Murillo, José Enrique. *1898: La invasión de Puerto Rico*. Madrid, Editorial Canchales, 2012.
- Ruiz Acosta, María José. *Sevilla e Hispanoamérica: Prensa y opinión pública tras el Desastre de 1898*. Sevilla, Escuela de Estudio Hispano-Americanos, 1996.
- Sáiz, María Dolores y Seoane, María Cruz. *Cuatro siglos de periodismo en España: De los avisos a los periódicos digitales*. Madrid, Alianza Editorial, 2007.
- *Historia del periodismo en España*. Vol. 3. *El siglo XX (1898-1936)*. Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- Sánchez Illán, Juan Carlos. "Los Gasset y los orígenes del periodismo moderno en España: El Imparcial, 1867-1906". *Historia y comunicación social*. Nº 1, 1996.
- Scarano, Francisco A. *Puerto Rico: Cinco siglos de historia*. México D.F., McGraw Hill, 2000.
- Trask, David F. *The War with Spain in 1898*. Lincoln, NE, University of Nebraska Press, 1996.
- Trías Monge, José. *Puerto Rico: Las penas de la colonia más antigua del mundo*. San Juan, Editorial Universidad de Puerto Rico, 2007.
- Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston, MA, Beacon Press, 1995.
- Yehya, Naief. *Guerra y propaganda, medios masivos y el mito bélico en Estados Unidos*. México, D.F., Ediciones Paidós Ibérica, 2004.

## Notas

<sup>1</sup> Citado en David F. Trask, *The War with Spain in 1898*, Lincoln, NE, University of Nebraska Press, 1996, p. 338.

<sup>2</sup> "The Stars and Stripes", *The New York Times*, 19 de octubre de 1898, p. 1.

<sup>3</sup> Pedro Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, Vol.1, Madrid, Editora Nacional, 1967, p. 359.

<sup>4</sup> Juan Carlos Sánchez Illán, "Los Gasset y los orígenes del periodismo moderno en España, El Imparcial, 1867-1906", *Historia y comunicación social*, Nº 1, 1996, p. 263.

<sup>5</sup> Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, Vol. 2, Madrid, Editora Nacional, 1971, p. 584.

<sup>6</sup> Aparicio, 1971, *op. cit.*, p. 408.

<sup>7</sup> María Dolores Sáiz y María Cruz Seoane, *Cuatro siglos de periodismo en España: De los avisos a los periódicos digitales*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, p. 133.

- <sup>8</sup> Aparicio, 1971, *op. cit.*, p. 522.
- <sup>9</sup> *Ibid.*, p. 252.
- <sup>10</sup> Sáiz y Seoane, *op. cit.*, p. 134.
- <sup>11</sup> Citado en Sáiz y Seoane, *op. cit.*, p. 135.
- <sup>12</sup> *Ibid.*, p. 315.
- <sup>13</sup> Citado en Seoane y Sáiz, *op. cit.*, p. 145.
- <sup>14</sup> Según Sánchez Illán, *op. cit.*, p. 273.
- <sup>15</sup> Seoane y Sáiz, *op. cit.*, p. 146.
- <sup>16</sup> Citado en Seoane y Sáiz, *op. cit.*, p. 145.
- <sup>17</sup> Para efectos de simplificar la lectura, se revisó la ortografía, según las normas modernas, en todas las citas directas de los periódicos españoles reseñados de finales del siglo XIX.
- <sup>18</sup> "Evacuación en Puerto Rico", *La Correspondencia de España*, 11 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>19</sup> Ver capítulo anterior: "Puerto Rico bajo el escrutinio de dos imperios: La representación de los puertorriqueños y de su ejército por parte de la prensa estadounidense y española durante los días de la invasión de 1898".
- <sup>20</sup> Sin título, *El Día*, 17 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>21</sup> "Puerto Rico: Los traidores", *La Época*, 17 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>22</sup> Fecha errónea por parte del diario, puesto que el descubrimiento fue el 19 de noviembre de 1493.
- <sup>23</sup> "18 de octubre", *El Heraldo de Madrid*, 17 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>24</sup> "Triste Día", *El Día*, 18 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>25</sup> "Hojas del árbol caídas", *El Imparcial*, 18 de octubre de 1898, p. 1.
- <sup>26</sup> "Despedida", *La Correspondencia de España*, 18 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>27</sup> "Puerto Rico: Presente y porvenir", *La Época*, 18 de octubre de 1898, p. 1.
- <sup>28</sup> "Día nefasto", *El Liberal*, 18 de octubre de 1898, p. 1.
- <sup>29</sup> 'Hija espuria' significa 'hija bastarda' (DRAE, 2014).
- <sup>30</sup> "Impresiones de Puerto Rico", *La Correspondencia Militar*, 19 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>31</sup> "De Puerto Rico", *La Correspondencia de España*, 19 de octubre de 1898, p. 3.
- <sup>32</sup> "De los Estados Unidos", *El Día*, 20 de octubre de 1898, p. 2.
- <sup>33</sup> Esta descripción de lo que serían los eventos del 1 de enero de 1898 proviene de "Spanish Last Day in Cuba", *The New York Times*, 31 de diciembre de 1898.
- <sup>34</sup> Entre ellos el general John R. Brooke, gobernador militar de Cuba; el general James F. Wade, de la Comisión Militar de los Estados Unidos; el general Fitzhugh Lee, gobernador militar de la provincia de La Habana; el general William Ludloc, gobernador militar de la ciudad de La Habana y el comodoro John W. Philip, comandante de las fuerzas navales norteamericanas en La Habana.
- <sup>35</sup> "Spanish Hauls Down Her Flag in Cuba", *The New York Times*, 2 de enero de 1899.
- <sup>36</sup> Se debe señalar el énfasis que la descripción que hace la prensa norteamericana del suceso, se resalta la imagen del líder caído, lloroso, que se vira hacia su antiguo palacio una última vez para ver en su balcón a los generales del ejército enemigo, todo esto rodeado del jolgorio de la multitud. Por su parte, la prensa española analizada para esta investigación, en ningún momento comenta o narra tal acontecimiento.
- <sup>37</sup> "Gen. Greenne's Report", *The New York Times*, 1 de enero de 1899.
- <sup>38</sup> Citado en María Dolores Sáez, *Nuevas fuentes histográficas*, accedido en <http://revistas.ucm.es>, 10 de agosto de 2015.
- <sup>39</sup> Robert Marrast, *La prensa española del siglo XIX: algunos problemas de investigación*, Madrid, Edicusa, 1975, p. 15.
- <sup>40</sup> Gómez Aparicio, *op. cit.*, p.5.
- <sup>41</sup> "Desgarrón", *El Globo*, 18 de octubre de 1898, p. 1.
- <sup>42</sup> Sáiz y Seoane, *op. cit.*, p. 153.
- <sup>43</sup> "18 de octubre", *El Nuevo Régimen*, 22 de octubre de 1898, p. 1.
- <sup>44</sup> Sáiz y Seoane, *op. cit.*, p. 153.
- <sup>45</sup> "Sindicato bucólico", *El Correo Militar*, 2 de enero de 1899, p. 1.